

El anarquista loco que quiso matar a un rey

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2016
Todos los derechos reservados

Las circunstancias históricas y los personajes (salvo el del reportero autor de las notas), existieron realmente. La personalidad de los testigos, sus vidas, están basados en testimonios de la época, pero son ficticios.

Índice

Pilar y Catalina Gil	7
Ramón Sancho Alegre	13
Alfredo G.	21
Rosa Emo	29
Francisco Gómez	43
Gabina Pérez	53
Salvador Lerols	59
Rafael Guijarro	67
Gumersindo Nuño	73
Rafael López	81
Eduardo Barriobero	89
Diego Medina	97
El Editor	103

Pilar y Catalina Gil

¿Sabe usted que nosotras estuvimos cerca de los dos atentados contra el monarca? Sí, ya sabe –aclara la menor de las hermanas-, el de Mateo Morral en 1906 y el otro de 1913. Ahí estábamos las dos. Bueno, el primero no llegamos a verlo. Estábamos con unas amigas viendo cómo pasaban los novios por la Puerta del Sol.

No cabía un alfiler –tercia la mayor, parecen en perfecta sincronía, como si compartiesen vida y detalles-. Vimos pasar a los recién casados, qué guapo estaba él y qué guapa la novia sobre todo. La gente lo comentaba, vaya suerte del rey casarse con Victoria Eugenia.

Ena, la llamamos, como en su familia. Entonces era tan joven, ¿cuántos años tendría, Pilar?

No creo que llegara ni a veinte. Pobrecilla. Decían que la sangre de los caballos muertos le salpicó todo el traje, que estaba pálida mientras su marido intentaba darle ánimos. El rey siempre ha tenido mucha templanza, mucha serenidad en esos casos. Morral ya le había lanzado una bomba en París, creo, cuando Alfonso estaba con el presidente de allí. Según dijeron se quedó tan pimpante, como si no pasara nada, insistiendo en seguir el recorrido.

Como en Madrid, lo mismo. Dicen que Dios está con él, que nada le puede pasar.

Bueno –interrumpe Pilar-, eso son exageraciones. Fíjate lo de Canalejas el año anterior, cuando le pegó un tiro aquel anarquista, Pardinás. Uno que se suicidó después de

matarlo. Si a uno le llega su hora y estos asesinos se empeñan...

- Ustedes ¿a qué dedican su tiempo?

Pues desde que murió mamá el año pasado seguimos viviendo en la casa familiar, que se nos ha quedado grande, la verdad. Yo soy profesora de piano –dice Pilar- y Catalina ayuda a vecinos ancianos que no pueden quedarse solos. Así completamos la pensión de nuestro padre que nos quedó. Nuestro padre fue militar –aclara-, murió joven, del cólera, ya ve usted.

Además tenemos unos ahorrillos de nuestro abuelo, que tuvo una finca en el norte...

A este señor no le interesa nuestro abuelo, Cata.

- También quería saber si aquello les había cambiado en algo.

¿Qué nos va a cambiar? Si lo único que hicimos fue ver lo que pasaba, eso sí, verlo muy bien.

Incluso hablamos un poco con el asesino antes de que se liara a tiros con el rey.

- A ver, cuéntenmelo con el mayor detalle que puedan.

Toma la palabra Pilar, la mayor. Lo cierto es que ambas se parecen físicamente mucho, me han dado a entender que hay poca diferencia de edad entre ellas. Catalina, la menor, tiene un rostro vivo, sonrosado. Pilar es más delgada pero la forma de la nariz, los ojos marrones que miran con fijeza, el carácter nervioso que denotan al mover las manos y los pies, son los mismos.

La casa es algo vetusta, los muebles antiguos. “Nos da pereza cambiarlos” me han dicho. “Fueron de nuestros padres

y antes de nuestros abuelos paternos, cuando vendieron sus tierras allá en Cantabria para venirse a vivir a la Corte”. No menciono sus circunstancias personales pero, según me dijo una vecina algo impertinente a quien pregunté antes de venir, las “dos solteronas”, como las describía, parecían llevarse bien aunque tenían costumbres raras, horarios inusuales. De todos modos, de aquella señora redicha y mal encarada no me fiaría mucho. A mí se me antojan buenas mujeres, personas a las que las circunstancias de la vida no les han dado la oportunidad de crear una familia.

He mirado los retratos familiares, justo mientras Catalina preparaba un chocolate con pastas para celebrar nuestro encuentro. “No es molestia” me respondió ante mis leves protestas, “viene tan poca gente a visitarnos...”. De modo que opté por agradecersele mientras me mostraban el retrato de su padre, vestido de uniforme, luego de paisano junto a una señora corpulenta con los mismos rasgos que sus dos hijas. Incluso aparecía en otro marco la imagen de un viejo de amplio mostacho que debía ser ese abuelo cántabro que combató en alguna guerra carlista.

El 13 de abril de aquel año fue un domingo precioso, soleado, tranquilo –comienza Pilar, que llevará la voz cantante a partir de ahora-. Sabíamos que el rey tenía que acudir a la Jura de Bandera de los nuevos reclutas. Además venían tropas indígenas marroquíes, el tabor de Alhucemas y más regimientos en un desfile precioso. Bueno, antes oyeron una misa de campaña, luego vino la Jura, pero después el pueblo de Madrid se echó a la calle por el centro para contemplar el desfile.

A nosotras siempre nos gustaron –añade Catalina-, desde que veíamos a nuestro padre allí, tan gallardo con su uniforme, y nosotras le gritábamos como locas.

Se ríen y yo con ellas. Pese a su edad (rondarán los cuarenta años) tienen algo de infantil que las hace simpáticas. Espontaneidad, me digo. Pese al barrio donde viven no se han vuelto estiradas, quizá porque nunca han nadado en la abundancia, qué se yo.

Nosotras nos vinimos cerca de casa para ver pasar las tropas con el rey a la cabeza. Así que nos quedamos en medio del gentío que abarrotaba las aceras de la calle Alcalá, justo enfrente de la cervecería La Elipa. ¿Sabe usted dónde le digo, no?

- Sí, he estado allí.

Ha cambiado algo pero básicamente sigue igual que hace ocho años. Pues estábamos allí con nuestra madre. Ya por entonces le costaba algo andar, iba con bastón, pero hacía un día tan bonito que valía la pena ver pasar las banderas, los entorchados, los jinetes tan elegantes, con su sable, sin descomponer la figura pero muchos sonriendo ante los vivas al rey, sobre todo cuando éste se aproximaba.

Al hombre aquel le habíamos visto porque estaba muy cerca de nosotras –dice su hermana, que toma el relevo-, al lado de una taberna junto a la esquina de Marqués de Cubas, para que usted se sitúe. Estaba bien trajeado, el cabello algo rubio, me pareció. Charlaba con otro individuo de gabán gris, alto, con sombrero flexible...

Sobre eso nos preguntaron mucho los agentes –tercia Pilar-, a cuántos y quiénes eran los que estaban hablando con

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

